

## LA PALABRA, EL LENGUAJE Y LA FILOSOFIA

JORGE LUIS ORIA Y HORCASITAS  
México

“Palabra equivale a expresión: la expresión verbal de un concepto o idea, o la expresión conceptual misma del ser o realidad de las cosas, y también la expresión real o constitución misma del ser, que equivale a su inteligibilidad o verdad con él identificada” (nota 1). (*Octavio Derisi*).

### 1. *Las voces y las lenguas*

El hombre, frente a la complejidad del conjunto de cosas de que se encontró rodeado, les dio nombre, inicialmente con un sonido único, generalmente onomatopéyico y, más tarde mediante combinaciones articuladas de sonidos. Así nacieron las voces (palabras pronunciadas) y las lenguas, dialectos o idiomas.

Pronto llegó el hombre a tener verdadera conciencia de sí mismo, al distinguirse de su entorno, descubriendo que hay cosas distintas de él y que esas cosas se relacionan o ligan con actos, y que tanto las cosas como los actos aparentemente iguales ofrecen una amplia gama de matices.

Y así el hombre habló primero de lo fundamental en su percepción, lo que expresa substancia, lo sustantivo, y luego, fue enriqueciendo su caudal de voces con adjetivos, que modifican o califican a los nombres sustantivos expresando cantidad o cualidad, y con adverbios que indican lugar, influyendo en los verbos, que anuncian relación, acción o pasión, ya dentro de la estructura de oraciones y frases.

Ese hombre, que habló primero balbuciendo lo fundamental en su percepción inicial de lo que le era próximo en su mundo, al desarrollar su inteligencia y comunicarse con los demás hombres, vecinos suyos, llegó a formar sistemas para manifestar su pensamiento hablando y después perpetuando lo hablado mediante representaciones pictóricas o gráficas, dando así origen a la escritura en sus múltiples maneras.

Luego, entre las cosas, las relaciones y los actos, expresados por las lenguas, el hombre descubrió que le era necesario algo capaz de

eliminar las confusiones entre lo activo y lo pasivo, entre lo que ocurre y lo que ocurrió, va a ocurrir, pudo ocurrir, o bien ocurriría en determinada situación futura, o bien, podría haber ocurrido de haberse presentado cierta circunstancia. Y el remedio que el hombre dio a esto fue la inclusión en su lenguaje de conjugaciones (verbales) y de declinaciones en las lenguas flexivas como el Griego, el Latín y el Alemán o de preposiciones que denotan si la voz se está usando como complemento directo (acusativo), complemento indirecto (dativo), si se trata de un complemento circunstancial (ablativo: lugar, movimiento, tiempo, instrumento, materia), si con la voz se interpela a una persona (vocativo), o si la voz denota pertenencia (genitivo). Así, con las desinencias y el uso de preposiciones, tratamos en nuestra lengua nacional de dar claridad a las manifestaciones de nuestro pensamiento.

Pero no resulta suficiente la aplicación correcta de la sintaxis. El hombre se ve obligado, puesto que las lenguas partieron de la materia, a recurrir, para expresarse: a metáforas, analogías, sobreanalogías, y hasta sobreanalogías sobrecargadas con inferencias circunstanciales, cuando comienza a tratar de los temas más distantes de la materia y más cercanos al espíritu.

Además, al transcurrir el tiempo cronológico, los hombres descubrieron sus posibilidades y su necesidad de trasladarse sobre el globo terráqueo de unos sitios a otros. En esos viajes, la pronunciación de los elementos de las frases y oraciones que empleaban, fue alterándose y las lenguas, hablas, dialectos, idiomas y voces, fueron variando, al sufrir modificaciones graduales las palabras y las construcciones gramaticales, hasta que cada región llegó a tener en un momento dado y por cierto período cronológico, su dialecto o idioma propio.

Ocurrió entonces que los enterados (eruditos o escolares) sintieron la necesidad urgente de aprender del modo más completo las lenguas, y de preservar el significado original de las voces, evitando la admisión de significaciones nuevas y la proliferación de sinonimias innecesarias, pero a la vez ampliando el acervo de palabras disponibles, al ir dando nombre a lo que se iba descubriendo o innovando, sin recurrir para ello a locuciones complejas, que tienden generalmente a ser imprecisas.

Entretanto, la parte inculca de cada pueblo, no interesada en mejorar los modos de manifestar su pensamiento, ni en desarrollar sus medios para entender mejor los pensamientos ajenos, continuó aprendiendo parcialmente su lengua local y alterándola inconscientemente. Por ignorancia del significado original de cada vocablo, comenzó a utilizarse en cada lugar una lengua culta y una lengua vulgar: la pri-

mera por los estudiosos que se esforzaban en cultivar su espíritu y la segunda por quienes despreciaban ese tipo de desarrollo, o carecían de medios para tener acceso a los entornos en que ese ejercicio era posible.

Y como las masas humanas incultas han venido predominando inevitablemente en cantidad sobre las minorías cultivadas, las lenguas de cada región fueron cambiando y comenzaron a existir, no sólo la diferencia de idiomas entre unos pueblos y otros, sino que en cada lugar comenzó a distinguirse un modo específico de usar las voces y a surgir el lenguaje de un presente temporal muy distinto de la manera de hablar del pasado, caída en desuso.

En este proceso se buscaba la mejor expresión de algo existente o capaz de existir, es decir: revelar lo hecho por el pensamiento del Creador, o significar en palabras humanas la Palabra dicha por El, o sea: la realidad actual o potencial de las cosas materiales o espirituales.

Con este esfuerzo se desarrollaron logomaquismos; surgieron autores que llamaron a las mismas cosas con nombres diferentes acuñados por ellos, o usando palabras cuyo significado era diferente y que tienen significación diversa según quien las use; y hasta hubo quien pensara que llegar al dominio del lenguaje adoptado por un maestro equivalía a haber aprehendido una nueva verdad.

La confusión de lenguas dada por Dios a los constructores de la Torre de Babel para castigar su soberbia, quedó así casi instituida sobre la tierra y su estudio fue rebautizado en 1897 por el lingüista francés Michel Breal con el nombre de: Semántica. Antes se llamaba a esta disciplina académica Semasiología, porque en griego “semasía” es la significación de una palabra y el verbo “semaíno” es la significación de una palabra y el verbo “semaíno” indica significar: hacer una señal o un signo.

Recuérdese que toda palabra externa constituye un esfuerzo por expresar una palabra interna o pensamiento. Como proposición recíproca, puede decirse que el significado y la significación de las voces tienen en común que ambos son lo que evoca en el espíritu de cada hombre el complejo sonoro de una palabra, es decir, lo que es evocado por cualquier significante: en el origen de cualquier signo de comunicación (instrumento de los lenguajes) se confunden significado y significación, y en ese momento, idéntica definición de ambos, con validez universal, podría incluirse en un diccionario.

Sin embargo, al correr el tiempo cronológico, por causas históricas, lingüísticas, sociales y psicológicas, comienzan a diferir los significados (originales) y las significaciones (variables según el tiempo y la ubicación), haciendo necesaria la semántica comparada y dando ori-

gen a la semántica filosófica, que analiza las relaciones de los signos con la realidad, para ver en qué condiciones se aplica un signo a un objeto y cómo pueden y deben observarse esas relaciones para asegurar la aprehensión de una significación verdadera.

Queda así vinculada la semántica (o semasiología), que trata de la significación de un significante hablado y escrito (es decir: de la significación de una palabra), con la semiótica (o semántica general) que en filosofía se ocupa de la teoría general de los signos y que abarca: la pragmática, que estudia el uso de los signos y a quien de ellos hace uso; la semántica propiamente dicha, que no toma en cuenta el uso de los signos ni quién lo hace, sino sólo su significación, por lo que algunos la consideran capítulo especializado de la lógica simbólica; y la sintaxis, que sólo se ocupa de la estructura de que son parte los signos, por lo que puede considerársela como disciplina especial de la filosofía científica contemporánea.

Y es que, como ya cité con el epígrafe de este trabajo, “Palabra equivale a expresión: la expresión verbal de un concepto o idea, o la expresión conceptual misma del ser o realidad de las cosas; y también la expresión real o constitución misma del ser, que equivale a su inteligibilidad o verdad con él identificada.”<sup>1</sup>

La semántica en su corriente principal actual, examina a cada lengua como es y no como debiera ser o se quisiera que fuese, y ese examen, lo hace a lo largo de la historia, estableciendo diferencias entre el significado inicial o dominante en un período temporal (que consignan en sus definiciones los diccionarios) y la significación, que no sólo varía en el tiempo cronológico, sino de un grupo social a otro grupo social y de una persona a otra persona.

## 2. *Las palabras escritas*

Refiriéndose a las escrituras de las lenguas, no es posible dejar sin mencionar que son claves estructuradas de signos y que, si bien su punto de partida son lenguas o idiomas hablados por personas o grupos determinados, sus elementos constructivos fundamentales son los complejos sonoros, articulados o no, llamados voces o palabras, que pueden tener muchas formas visibles de representación, en algunas de las cuales se utilizan signos escritos.

Es también importante hacer notar que hay inscripciones o escrituras que usan signos ideográficos, en cuyo caso una sola o idéntica combinación de imágenes, puede corresponder a numerosas len-

<sup>1</sup> Derisi, Octavio. *La Palabra*, pág. 31, Editorial Emece, Buenos Aires, 1978.

guas o dialectos hablados, como ocurre con la veintena de hablas chinas en las que palabras que se manifiestan con numerosos complejos sonoros diferentes, son escritas, todas ellas (por los hombres cultos) con idéntico signo ideográfico, porque tienen igual significación. En estos casos los signos ideográficos unifican a la “inteligencia” de grupos humanos con lenguajes diferentes, y la popularización de la capacidad para comunicarse por escrito, mediante una adecuada alfabetización, rompe esa relativa unidad cultural e incomunica a pueblos que, en su escritura ideográfica, parecían completamente afines.

Se entiende esto fácilmente tomando en cuenta que las lenguas que utilizan escrituras a base de letras, trátese de sistemas fonéticos o no, buscan con sus alfabetos dar forma visual a sonidos, a partes de palabras habladas, más bien que usar símbolos ideográficos. El paso de la escritura mnemónica, pictórica o simbólica a la escritura fonética o parcialmente fonética basada en el uso de letras, es imposible sin la intermediación de voces habladas y es, en cambio, fácil, y casi directo, de lo pictórico a la escritura ideográfica, o a ésta partiendo de ideogramas que a la vez tienen valor fonético e ideográfico, como en la escritura cuneiforme de los asirios.

### 3. *La Verdad y las palabras*

Una verdad es un juicio o proposición que no se puede negar racionalmente: indica algo que tiene existencia real, aunque no necesariamente tangible o material. Es así la verdad una concordancia del pensamiento de una persona con un objeto exterior a esa persona, o cuando menos, exterior al pensamiento de dicha persona. En las corrientes de pensamiento idealistas se sostiene que el sujeto construye con su propia actividad al objeto que debe conocer: en este caso la verdad resultaría ser la coherencia del pensamiento consigo mismo. Los pragmatistas suponen actualmente que la verdad no es una relación fija entre el sujeto y el objeto, sino que depende de los resultados que se obtienen; quitan así a la verdad su característica de inmutable y conducen a la afirmación de que el progreso es posible precisamente porque las verdades son mutables.

De esto se ocupa la Filosofía, que es aquella, de entre las ciencias, que investiga los principios o causas primeras de las cosas y que por ello inquiere y discute si es capaz el hombre, como persona, de investigar la verdad, para lo cual cuenta con un camino triple:<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Rahaim, Salomón, *Compendio de Filosofía*, pág. 50. Instituto Libre de Filosofía, México, 1964.

1. Observando el mecanismo o fenomenologismo del proceso cognoscitivo se declara que no puede menos de ser conocimiento. . .”

2. “Se principia por asentar científicamente la existencia de la certeza y apoyados ya en ella se hace ver el valor objetivo del conocimiento.”

3. “Principiando por el valor objetivo de algunos conocimientos y por tanto por la capacidad de la mente para conocer, se pasa en segundo término a la cualidad del conocimiento que es la certeza. . .”

En esto consiste el primer problema de la Filosofía: saber si podemos estar tranquilos de nuestra misma investigación de la verdad, si podemos estar seguros y “fiarnos de nuestra actividad inquisitiva, mediante la que tratamos de apoderarnos de la verdad.”

Octavio Derisi ayuda a entender esto al observar que “las cosas, con su verdad dicha que las constituye, comienzan a ser de nuevo, a recobrar su presencia, en la palabra humana, la cual, al pronunciarlas, las acoge en la luz de su acto. La luz oculta en las cosas, participación de la Luz o Verdad en Acto de Dios, es actualizada en la luz del acto de la inteligencia o verbo del hombre.”<sup>3</sup>

Al definir Santo Tomás de Aquino a la verdad como adecuación o conformidad entre la inteligencia y su objeto, señalaba seguramente que la verdad y palabra finitas del hombre, sólo son por participación de la Verdad y Palabra infinitas del Creador. La Filosofía, que es la ciencia que trata de la esencia, propiedades, causas y efectos de cuanto fue creado por la Palabra del Creador, tiene por fin último la totalidad de cuanto la Causa Primera tuvo en su Pensamiento cuando su Palabra designó todo lo posible, incluyendo las leyes de la Naturaleza, que son los instrumentos que permiten la operación de todo lo creado originalmente por la propia Palabra del Creador, es decir: cuanto puede ser y cuanto es.

La Sabiduría, puede decirse que pertenece a un orden aparte, pues con este nombre se designa a lo que hace que la conducta del hombre sea en todo prudente. La prudencia es la aplicación prácticamente práctica del saber científico y del saber filosófico, que no son más que dos niveles de un mismo saber. Esto implica mucho más que Conocimiento Científico (que no es más que información) y se apoya en algo que no es información, que no puede ser comunicado (tal vez sólo es posible inducirlo) y que forma parte íntima del ser espiritual y material de cada persona humana, pudiendo ser afectado por el entorno de cada hombre, entendido este entorno como todo cuanto

3 Derisi, Octavio, *op. cit.*, pág. 82.

rodea al hombre, trátase de cosas físicas o de cosas no físicas, con lo cual toda la humanidad y cada persona humana en particular, tienen necesariamente interrelaciones, lo que incluye la amplísima combinación de condiciones externas o extrínsecas al hombre que afecta a su crecimiento y desarrollo armónico (lo que para cualquier organismo vivo se llama ambiente, pero que para el hombre abarca la influencia espiritual) y que es distinto para la persona humana, porque el hombre es el único ser terrenal vivo capaz de tener conciencia de su propia existencia.

Así, para cualquier ser, el ambiente incluye las circunstancias externas, las condiciones y los objetos que lo rodean, y para el hombre, incluye esto mismo y además, cuanto fuera del mundo físico puede tener efecto sobre él mismo, actuando sobre su crecimiento y desarrollo espiritual y anímico, llamando anímico a cuanto se refiere tanto a los procesos inconscientes de la vida mental (de los que forman parte las actividades específicamente intelectuales, como juicios y razonamientos) y a las actividades que estudia la psicología al investigar el automatismo. En este sentido, anímico incluye el ánimo o “estímulo moral” que en inglés se llama “morale.”

Debe evitarse la confusión, posible en inglés, entre ánimo y moral, ya que ánimo siempre es un nombre sustantivo, y moral generalmente es un adjetivo que se refiere usualmente (como “moral” en inglés) a algo, relacionándolo con el discernimiento o instrucción de lo que es bueno y de lo que es malo (distinción entre moral e inmoral) y se aplica a la conducta humana comparándola con normas establecidas y con preceptos aceptados. El ánimo, en cambio (“morale” en inglés), es algo que desde adentro alienta o estimula a cada hombre, definido en los diccionarios de habla inglesa como “el estado mental de un individuo o grupo en cuanto a confianza, alegría, disciplina, etc.”

La Ciencia, al ir buscando el conocimiento profundo de estas cosas, se va acercando a la Filosofía y acabará por confundirse con ésta cuando logre hacer entender al hombre todas las causas de todo, incluyendo su razón de ser original, es decir: la Causa Primera de cuanto existe y podrá existir.

Cuando la Ciencia Filosófica investiga la Causa Primera y sus atributos, se apoya únicamente en la Razón. Si además utiliza el camino de las Revelaciones para llegar a la Verdad, cambia de método y de nombre, pasando a llamarse Teología. En ese momento la Causa Primera, porque es Una, se identifica con Dios. En el gentilismo, esa Causa Primera se aplicaba al ser divino que los idólatras atribuían a sus falsos dioses; de igual modo (pero sólo para no decir Dios), puede aplicarse al Creador; pero no puede aplicarse a la Naturaleza, porque

ésta es efecto o manifestación del Pensamiento creador, lo mismo que las leyes naturales que rigen su operación.

“La Verdad no está oculta en el Ser de Dios, está velada, es Verdad capaz de llegar a ser entendida. Verdad a la espera de un acto de entender que la de-vele o ponga en acto su inteligibilidad.”<sup>4</sup>

“... el ser o verdad de las cosas se des-oculta en el acto espiritual del verbo de la inteligencia humana y allí rehace, de una manera enteramente inmaterial e intencional, aquella identidad real del Ser, y Pensar con que, de una manera real y eminente, existía en el Acto infinito de Dios.”<sup>5</sup>

“Precisamente por eso el hombre es persona: no solamente es consciente y libre, por su espíritu, sino también capaz de dar actual existencia, en el acto de su concepto o verbo, a la palabra o verdad dicha y oculta en los seres materiales.”<sup>6</sup>

#### 4. *El mundo y las palabras*

El entorno que rodea al hombre se ofrece a su análisis como algo ordenado. Y es el hombre inquisitivo, el investigador, quien va iluminando el interior de ese orden, exterior al pensamiento humano, obligándolo a manifestarse al volverse inteligible y quedar expresado con la palabra humana, en un acto que lo des-cubrió confiriéndole la realidad de la intelección humana.

El hombre investiga preguntando. Pregunta a las cosas —que son manifestaciones directas del Pensamiento del Creador (de su Palabra)— y las cosas le responden qué son, cómo son, para qué son; y el hombre conserva las respuestas expresadas en su palabra humana, de modo que en ella participa la Palabra dicha que se identifica con los objetos interrogados.

Al hacer todo esto, el hombre está filosofando de modo científico, en un esfuerzo intelectual. Pero sería infructuoso su trabajo si su palabra no difundiera con fidelidad total sus conclusiones, porque entonces su palabra no sería expresión de la verdad por él develada, y habría dejado de participar de la Palabra del Creador. Sería una palabra humana falsa en su origen.

Pero también puede ocurrir que las palabras empleadas en la difusión de lo que el hombre va de-velando, sean fieles en su origen y se vuelvan falsas al llegar a las personas receptoras, cuando la inteligibili-

<sup>4</sup> *Ibid.*, pág. 83.

<sup>5</sup> *Ibid.*, pág. 83.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pág. 83.



dad de lo dicho y de-velándose ve obscurecida por la ignorancia de las personas receptoras, causa de la confusión de la Torre de Babel.

Esto es particularmente grave y peligroso cuando lo de-velado por el hombre es un valor al que actualiza la palabra humana, pues los valores son los que orientan a la conducta humana. “Por su espíritu inteligente y libre, el hombre es imago Dei: el continuador y colaborador de la obra creadora de Dios. Pero para que esta su actividad cultural sea auténtica y eficaz, debe estar sometida al ser y deber-ser (o valor) de la realidad, debe saber escuchar y acatar, es decir, someterse a las exigencias de la Palabra dicha por Dios en las cosas, porque únicamente así él es capaz de realizar y prolongar el bien en las cosas mismas, ya que él no es un creador estrictamente tal, sino un transformador del ser de las cosas creadas por Dios, un realizador del valor para acrecentar su bien o hacerlas más valiosas.”<sup>7</sup>

De esto depende el que la conducta humana tenga el rumbo que debe tener, el que le va de-velando la educación. Pero la educación, “la manera de encauzar la vida espiritual (intelectual y moral en sus múltiples manifestaciones: individual, doméstica, política, económica, social, etc.), para lograr un recto y adecuado desarrollo y, a través de ella, de todos los otros aspectos de la actividad humana y de su orden jerárquico, y enriquecimiento, se fundamenta en el lenguaje, en la comunicación sensible de la palabra interior.”<sup>8</sup>

Porque el de-velar algo, ese algo se vuelve inteligible en el pensamiento del hombre y es su palabra interior, incapaz de servir a los demás hombres si no logra comunicársela de manera sensible, y de modo eficaz, mediante su palabra exterior.

“Sin lenguaje, los hombres, sin dejar de ser espirituales, en su vida real apenas sobresaldrían sobre los animales.” El lenguaje es el vínculo exterior, que comunica a los espíritus y ayuda así a la transmisión de los conocimientos y de toda la vida espiritual y material expresada por ellos, y al consiguiente acrecentamiento y desarrollo espiritual y también material del hombre en sus diversas dimensiones.” “El lenguaje no sólo comunica, sino que convence a los miembros de la sociedad y los mueve a la unidad de esfuerzos para lograr el fin, y les hace comprender también la obligación moral de tal esfuerzo.”<sup>9</sup>

Al referirse el hombre a las cosas, predica lo que las cosas son, según la Palabra, y habla del ser indicando cuál es su sustancia, para luego precisar los modos de ser del ser, en cuanto a: cualidad, canti-

<sup>7</sup> *Ibid.*, pág. 200.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pág. 200.

<sup>9</sup> *Ibid.*, págs. 201 y 202.

dad, relación (acción pasión), ubicación (lugar), situación (modo de estar), hábito (manera como se presenta), tiempo (duración), acción (lo que produce en otros seres), y pasión (el efecto de otros sobre él). Y al decir el hombre con su palabra todo lo predicable de algo, ha definido “aquello por lo que ese algo es lo que es” (la esencia) es decir: el conjunto de notas que definen la naturaleza del algo, incluyendo sus propiedades (atributos o cualidades inseparables) que hacen posible precisar los conjuntos ideales (no reales) de cosas que junto con ese algo forman las clases, especies y género a que pertenece, por tener con esas cosas caracteres comunes.

Ciertamente que la educación, formadora de la conducta humana, exige ejercicios y que sin estos nada llega a ser dominado por el hombre, que parece que sólo aprende verdaderamente haciendo; y que para alcanzar la virtud necesita practicarla de modo constante, hasta que en él se convierta en hábito; pero la materia para los ejercicios generadores del dominio, y para la persuasión que lleva a la práctica no interrumpida de la virtud, no sería comunicable sin el uso del lenguaje, vínculo insustituible de cada hombre con su exterior y con los demás hombres, al hacer posible que la palabra humana sea compartida pasando de unos a otros la información o conocimiento que como palabra interior o pensamiento, le volvió inteligible un objeto exterior a su propio pensamiento, cuando se hizo presente a través de los sentidos, con su especie, en su espíritu.

Ese proceso interno de intelección se explica en el modo Aristotélico-Tomista, diciendo que lo real es el individuo con sus características propias unívocas (que se predicán de varios individuos con la misma significación), las que se sitúan en los conjuntos de clase, especie y género estableciendo analogías (relaciones de semejanza entre cosas distintas), mediante el examen de lo que se da en un objeto, pero no necesariamente, y cuyo cambio o desaparición no significa un cambio o desaparición en el objeto mismo de que se trate.

### *5. Los lenguajes como sostén de las instituciones*

Cada lenguaje manifiesta, no sólo el pensamiento de la persona que lo habla, sino también el modo de ser íntimo del grupo que le dio forma, y su uso constante refuerza ese modo de ser en todo momento. Para los pueblos de habla española, una mujer es soltera o es casada, porque el estado que esas voces indican, tiene características de permanencia. Otros pueblos dicen que la mujer está soltera o está casada, porque a la soltería no la conceptúan como algo que de modo normal es, sino como un estado temporal indeseable, y también dicen que

una mujer está casada porque fácilmente puede dejar de estarlo, sin pasar a la viudez.

Los judíos, los catalanes y los vascos, para conservar su identidad insisten, con razón, en usar sus hablas propias. No puede ser miembro de una organización patriótica separatista en Euzkadi, quien no usa corrientemente como lengua viva el vascuence. Paraguay, en situación geopolítica defensiva por necesidad histórica, tiene dos lenguas nacionales: el Guaraní y el Español, y ambos idiomas los habla el pueblo; el Guaraní para uso interno y fronterizo con Brasil, por su gran parecido con el Tupí; y el Español para seguir formando parte de una comunidad social mayor, que aumenta su grandeza propia.

Puede decirse que el Español es el habla mayormente usada en América Latina, pues lo usa el 61% de la población (datos de 1976), y del conjunto mundial con 213 millones de hispanoparlantes, corresponde 80% a América Latina y 20% a España. Debe tomarse en cuenta que en España, para muchos grupos muy numerosos el español no puede ser considerado como primera lengua (o lengua materna), ni como la lengua de uso constante o de mayor uso; por esta razón el Español conserva en España una sintaxis que, para los de América Latina, ha caído en desuso hace mucho. Pero el Español es el idioma nacional de España, que la une en la península ibérica y la vincula con sus otrora inmensos dominios, y los españoles no tienen dificultad en comprender la sintaxis no castellana del nuevo continente. Esto lo han percibido los editores y por eso, cada día en mayor número, con gran sentido comercial, imprimen libros con sintaxis española-americana: en México, Argentina, Colombia, Chile, Perú y Cuba, que son los seis países con mayor población (en orden descendente) y un total de 142 millones de habitantes (83% del total de hispanoparlantes en América y 66% del total mundial de hispanoparlantes). Es indudable que la cantidad de ediciones en habla española castellana irá disminuyendo, porque tienen ya un mercado proporcionalmente bastante menor.

Con esa penetración el español es uno de los factores que más influye, necesariamente, en la conservación del modo de ser de los 213 millones de personas que lo usan en el mundo.

Hablando del concepto científico del lenguaje, dice D. P. Gorski: "Surge un problema: ¿qué es lo que hace posible la transmisión de la experiencia, de los conocimientos, por medio del lenguaje, y cuáles son las condiciones fundamentales requeridas para que las personas se comprendan en el proceso de su comunicación por medio de la palabra? En su aspecto general, la respuesta a este problema puede ser la siguiente: para que los hombres puedan comunicarse por medio

de la palabra, para que el hombre pueda adquirir experiencia y enriquecerla por medio del lenguaje, ha de dominar el idioma que se hable en la colectividad en que vive;” y agrega: “Análogamente, para expresar sus pensamientos, el hombre ha de conocer el significado de las palabras que utiliza, ha de saber combinarlas según las reglas de la gramática y ha de formular su habla en los sonidos propios del idioma dado.”<sup>10</sup>

Pero eso, dicho por Gorski, no basta; además el hombre se habrá ejercitado en el uso del lenguaje, y en aquello a que él lo estuvo aplicando. Para esto hubo de recurrir a otros lenguajes complementarios, que pertenecen principalmente a tres órdenes: los lenguajes de las Liturgias; los lenguajes de los Símbolos; y los lenguajes de las Máquinas Ordenadoras (a las que en los E.E.U.U. dieron el nombre de computadoras al combinarlas con calculadoras).

Tanto las liturgias como las claves y programas de las máquinas ordenadoras, como lenguajes, son capaces de manifestar el pensamiento de las personas que los utilizan, y el modo de ser íntimo de esas personas; y de manera análoga, ambos lenguajes complementarios, con su uso constante, refuerzan esos modos de ser individuales, que fueron generados por fuerzas internas personales. Pero el lenguaje de las máquinas ordenadoras facilita el restar importancia a los esfuerzos intelectuales y con ello tiende a bestializar a las personas, impulsándolas a lograr únicamente mayor destreza en el manejo de instrumentos que, para ellas, son verdaderas “cajas negras” cuyo contenido les parece algo “esotérico” que sólo pueden pretender conocer quienes forman parte de un pequeño grupo de “elegidos.”

Esta observación nos hace reconocer una tendencia que busca (con intención o por accidente) eliminar el pensamiento humano, para convertir a cada hombre en super-máquina dominada por las técnicas psicológicas de estímulo-respuesta, e imponerle como normas de conducta en la vida social “slogans,” que carecen de base sólida fundada en reflexiones profundas, y que son fruto de juicios que se apoyan sólo en criterios hedonistas.

Por la vía de los juicios hedonísticos se abren al hombre las puertas de los goces exclusivamente animales, haciéndole olvidar que puede vencer con su voluntad, muchas de las limitaciones que la materia impone a su espíritu, y oscureciéndole el concepto verdadero de Libertad humana; así enmascara esta tendencia esencial, a la vez que

<sup>10</sup> D.P. Gorski y otros. *Pensamiento y Lenguaje*, págs. 73 y 74 Editorial Grijalbo, S.A., México, D.F.

<sup>11</sup> D.P. Gorski, *op. cit.*, págs. 102 y 105.

anuncia a hombres y mujeres su “emancipación total,” no como liberación de opresiones, esclavitud, servidumbre o cautiverio, sino como liberación de toda restricción, freno o continencia.

Esa “emancipación total,” es una liberación falsa, porque para pretender cancelar cuanto reduce a los hombres al orden, tiene como sustento único la eliminación o el abandono de las leyes naturales, tanto en lo material como en lo espiritual, y la destrucción, en todos los niveles sociales, del principio de autoridad, sustituyendo con esa negación la Luz que la Palabra dio al mundo al crearlo.

Parece obvio que el propósito de esa supuesta liberación animalizante no puede ser más que el de arrojar a la humanidad a un caos en que el hombre estaría (si triunfara esa “emancipación,”) dominado por la materia en contubernio con sus bajas pasiones, consideradas como bienes al juzgarlas con criterio hedonista absoluto. Pero esta presión no se inició hace poco; es antigua; la comentó, en cierto modo, A.G. Spirkin cuando escribió: “Al esforzarse por reducir a la nada el abismo que separa al hombre de los animales en la esfera del lenguaje. . . Darwin cayó en el extremo opuesto. Hizo extensivos a los animales los rasgos propios exclusivamente del hombre como ser social. Afirmó. . . que el perro comprende muchas palabras y proposiciones” y que “el papagayo. . . es capaz de relacionar determinados sonidos con ciertos conceptos. . .”<sup>12</sup>

Si llegara a generalizarse el abandono del pensamiento en nuestra sociedad hedonista, comenzaría a caer la humanidad en una forma nueva de esclavitud, en la que se haría creer a los hombres que deben dejarse guiar por sus instintos animales; y las grandes masas humanas serían manipuladas por un reducido grupo de personas, que serían las operadoras del sistema, considerándose a sí mismas grupo cerrado privilegiado, aunque serían a la postre, víctimas indefensas del mismo monstruo por ellas creado y alimentado. Sólo la educación en Filosofía Moral y en Ética podrán dar al hombre la base necesaria y eficaz, para salvar al mundo del peligro que todo esto representa.

## 6. *La anti-palabra y la confusión de lenguas*

Todo nos comprueba la influencia que el lenguaje ejerce inevitablemente en el pensamiento, hasta, en palabras del Gorski,: “El materialismo dialéctico nos dice que el lenguaje se halla vinculado al pensamiento directa e indisolublemente.”<sup>13</sup>

<sup>12</sup> *Ibid.*, pág. 10.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pág. 68.

A.G. Spirkin afirmó: “Al formarse el lenguaje articulado se produjo un cambio esencial en los procesos cognoscitivos del individuo. Tan sólo con la aparición de la palabra se halló el hombre en condiciones de abstraer de los objetos tales o cuales propiedades, y distinguir las relaciones existentes entre las cosas como algo distinto de las cosas mismas,”<sup>14</sup> Pero no basta entender esto: hace falta que todo el que habla de algo importante tenga plena conciencia de que el lenguaje, sólo sirve bien a sus propósitos instrumentales si se le usa, conservando siempre la precisión de su significado.

L. Heyer hizo notar que “el carácter distintivo del lenguaje humano consiste precisamente en que el objeto es designado por un sonido que lo recuerda exclusivamente a él”<sup>15</sup> y A.A. Potebniá confirmó que “En la creación del lenguaje, la arbitrariedad no existe, por lo cual cabe perfectamente preguntar cuál es la razón, de que una palabra dada designe precisamente una cosa y no otra”<sup>16</sup> . . . Pero esto lo olvidó aparentemente, en 1869, Henry Huxley, cuando “con el fin de poder hacer gala de que tenía, como todo el mundo, una doctrina,” empleó por vez primera el término agnóstico para darle nombre.<sup>17</sup>

“En sus orígenes, el agnosticismo estaba relacionado con la renuncia a saber nada de Dios, que se suponía era lo incognoscible por excelencia.” Tierno Galván ha distinguido entre ateísmo y agnosticismo, poniendo de relieve que mientras en el primer caso hay una voluntad de que no exista Dios, en el segundo no la hay; el agnosticismo, según Tierno Galván, es ‘no echar de menos a Dios’ (lo que equivale a no necesitar más que ‘vivir en la finitud’ o, si se quiere, en ‘este mundo.’” Pero el significado que le dio a “agnóstico” Huxley, según José Ferrater Mora (a quien vengo citando) “debe entenderse en contraposición con los que adoptan doctrinas según las cuales es posible saber más cosas que las que permite la ciencia. Los agnósticos no pretenden ir más allá de los límites que impone el conocimiento científico en una fase determinada de la evolución de la ciencia.”

“Como los dogmas expresados en las religiones positivas, o muchas doctrinas metafísicas, se hallan fuera de, y más allá de, toda posibilidad de conocimiento,” tenemos que “los agnósticos. . . no defienden ninguna doctrina; se limitan a usar un método (el método científico, en el que intervienen la experiencia y el razonamiento sobre los datos de la experiencia) que veda todo pronunciamiento religioso o metafísico. . . Un agnóstico no declara, por ejemplo, que no existe Dios,

14 *Ibid.*, pág. 62.

15 *Ibid.*, pág. 31.

16 *Ibid.*, pág. 29.

17 Ferrater Mora, José Diccionario de Filosofía Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1979.

sino que no sabe si existe o no” Se presfa pues a confusión lo escrito por Huxley.

Si, como en el caso de Huxley, cada quien al expresar sus ideas, comenzara a dar a palabras ya dichas nuevos significados particulares, la tarea de la Filosofía Científica (y en realidad toda tarea intelectual) acabaría por volverse inentendible. Es válido decir esto de cualquier lenguaje complementario también.

Un ejemplo en el campo de las liturgias, lo constituye, (cosa hoy frecuente en algunos templos católicos), la liturgia improvisada (y a veces teatralizada con características circunstanciales, como en algunas bodas), en los casos en que ciertos sacerdotes exhiben su ignorancia (o manifiestan su participación consciente o como “compañeros de viaje”) apartándose de la liturgia oficial de la Iglesia (que surgió y se fue perfeccionando, como medio excelente de educación, a través de los siglos, con propósito formativo, para propiciar el desarrollo espiritual de los fieles y ejercitarlos en la práctica de la virtud), al actuar utilizando un simbolismo “suyo” (quizás para “emanciparse” de lo establecido por otros), “su” liturgia personal, entendible también, tal vez, para el grupúsculo inculto al que se la han explicado, como ocurre con los dialectos o jergas de la plebe, o acaso (cancelando la plenitud que debe corresponder al mensaje litúrgico auténtico que requiere de enseñanza y estudio), capaz de llegar en forma accesible, como las lenguas vulgares, a un pueblo habituado a recibir estímulos mercadotécnicos, en vez de los ejemplos de virtud y los ejercicios educativos, orientados a su formación y desarrollo verdaderos, que buscaban tradicionalmente habituarlos a modificar o reafirmar su conducta, para su propio bien y el de su comunidad.

Otro ejemplo en el campo de la computación electrónica, lo constituyen quienes se rehusan a usar las claves y los programas ya elaborados, y pretenden sustituirlos siempre por otros limitados a su esfera de acción y hechos por ellos mismos, no como perfeccionamiento o ampliación de otro que les pareció bueno, sino con la intención íntima de poder decir que es “su” programa y que sólo se puede operar con “su” clave. Estos hombres reducen así las posibilidades de pensamiento y de entendimiento suyas y de otros, que podrían haber redundado en beneficio mutuo o general.

Las palabras o los símbolos que constituyen los elementos estructurales de cada lengua, son tanto más eficaces en su función cuanto más precisa y unívoca su significación. Entendemos que significado, en relación con cada palabra de un idioma o de un lenguaje complementario, es el que aparece en la definición que se encuentra en los diccionarios o en los léxicos respectivos, y que tiene validez para un

período inmediatamente anterior a la fecha de impresión del diccionario o léxico, o al de la época en que la palabra se originó. Frecuentemente ambos significados y la etimología correspondiente o análoga están registrados, en dichos léxicos o diccionarios.

Significación, en cambio, es lo que en una región geográfica o en una comunidad humana y en un período cronológico definido, es entendido por todos como el contenido de cierto vocablo. Esto es sumamente importante, particularmente cuando se utiliza el lenguaje en alguno de sus sentidos populares, pues es bien sabido que palabras que tienen significado absolutamente claro e inofensivo en un lugar, se convierten para algunas personas y en ciertas zonas del mundo, en instrumentos violentos de agresión, porque para esas personas, o en esos lugares, tienen diferente significación.

En la medida en que un grupo humano, que puede usar lenguaje culto o lenguaje vulgar, pero que generalmente prefiere emplear el lenguaje culto, va logrando utilizarlo con precisión, empleando sólo palabras de sentido unívoco, se va alcanzando una expresión más correcta sin perder elegancia o belleza, ya que estas cualidades dependen de la amplitud del vocabulario, que incluye la capacidad para utilizar variada sinonimia.

Con la precisión y la univocidad de las significaciones de cada palabra, se aleja el peligro de la confusión de lenguas, que algunos consideraran que sirvió a Dios para castigar a los constructores de la Torre de Babel que se dejaron arrastrar por la soberbia; y que otros consideramos verdadero instrumento diabólico actual para el propósito de menguar uno de los elementos más valiosos en el esfuerzo encaminado a conseguirla, cada vez más necesaria integración en la acción, de todos los grupos humanos del mundo.

No luchar contra ese germen de confusión es caer en la antipalabra destructora de la Verdad y de la Vida, que analiza magistralmente Octavio Derisi, diciendo: “Frente a esa Palabra (identificada con el Ser de Dios) que ilumina y vivifica todo ser y vida, actúa también la antipalabra, destructora de la Verdad y de la Vida: el error y el pecado.”<sup>18</sup>

“El mundo, con los medios masivos de comunicación. . . se presenta hoy más poderoso que nunca para el mal, el aliado y alentador más vigoroso del pecado, al fomentar la pornografía, la lujuria, la avaricia y el afán por los bienes terrenos, la soberbia, el egoísmo, el odio, la subversión y el desorden, y el error y la mentira que lo justifican. Toda esta organización mundana asume el carácter de la antipalabra,

<sup>18</sup> Derisi, Octavio, *La Palabra*, pág. 232 y sigs. Editorial Emecé, Buenos Aires, 1968.



que amplía la estrepitosa actuación de la voz falaz que pretende justificarla como verdad y bien”.

“Muchos hombres de hoy parecen haberse sumergido totalmente en sus pasiones y en los bienes materiales y haber perdido la conciencia moral, el sentido de Dios y de la responsabilidad: parecen haber perdido, o disminuido al menos, el oído interior para escuchar la Palabra de Dios.” “Todo este mundo satánico de la vida material y de los sentidos, se presenta como una inmensa organización para prostituir al hombre y cerrarle el acceso a la Palabra de Dios, para crear un silencio de la Palabra.”

“Toda la literatura existencialista actual, gime en el absurdo de la nada y del silencio de *la Palabra*; se debate en la oscuridad del absurdo y del nihilismo porque con el silencio de la Palabra, el mundo y el hombre han perdido su vida y su ser: ya nada tiene sentido y todo es lo mismo.” Es la Filosofía el único medio accesible a todos para sacar a la humanidad de esta crisis, con la meta de poder decir algún día a los hombres: “Erais en otros tiempos tinieblas, ahora empero sois Luz en el Señor” (San Pablo, Efes, V, 8.).